

miradas de lobo hambriento. En seguida, ya menos débil, se arrastró hasta el muelle y allí estaba hacía dos horas, mirando correr el agua, aturdido por la pena y por el cansancio.

¿Pensaba siquiera en montarse en el parapeto, dejarse caer al río y acabar de una vez? No, no pensaba en esto ni en nada. Tenía menos hambre que un momento antes, se sentía dominado por una especie de pesadez no muy dolorosa y permanecía allí inconscientemente, con los ojos fijos en los remolinos de la corriente que daban vueltas y se retorcián á sus pies.

La primera campanada de las siete, que sonaban en el reloj del Palacio de Justicia, le sacó de su marasmo. Se estremeció, como si despertase bruscamente, y todo el horror de la situación se representó de nuevo en su espíritu. ¡Oh! sí, era preciso hacer algo; no podía permanecer así, sin probar bocado.

Y de repente se acordó de la papeleta del Monte, que llevaba siempre consigo. Sí; tenía aún ese recurso. El reloj, nada más que al peso del oro, valía más de cien francos y estaba empeñado en cuarenta. Podía, pues, vender la papeleta y obtener por ella veinticinco, treinta francos acaso... ¡Oh! sí; lo menos treinta francos.. Esto era asegurar la existencia por unos días ó aún mejor — y

XIV

En aquella abrasadora tarde de agosto, en la que hemos visto á Cristián Forgeat mirando precipitarse furiosamente el agua del Sena bajo el puente del Diablo, el desgraciado se encontraba ya sin valor.

Hacía ocho días que buscaba un trabajo cualquiera, sin haber podido encontrar nada, absolutamente nada, en el París abandonado y muerto del verano. Aquel joven, casi decentemente vestido y con camisa limpia, porque la planchadora le concedía aún cierto crédito, estaba en ayunas á las cuatro de la tarde y no tenía, absolutamente, ni un céntimo. Errante y tambaleándose de inanición por el laberinto de callejuelas que rodean la iglesia de *Saint-Severin*, vió que un muchacho que salía de la escuela arrojó un mendrugo de pan al arroyo y Cristián le recogió y le devoró, con

aquí su temperamento se sublevó con uno de esos deseos furiosos de gozar que arden en el alma de los menesterosos, ó mejor una comida succulenta, con buen vino y buenos licores, un hirviente café y una larga digestión, cigarro en boca, en la terraza de una cervecería que él conocía muy bien y á la que concurrían muchachas nada ariscas, á las que no había más que hacer una seña...

Poco le importaba Simón Benoit, con su estúpida recomendación de no deshacerse jamás del reloj. El tal talismán no le había traído la dicha, así como tampoco la moral del maestro de escuela. ¿Á qué punto había llegado su discípulo después de cuatro años de esfuerzos para permanecer honrado? Á recoger mendrugos en el arroyo. ¡Al diablo los recuerdos! ¿Dónde compran las papeletas del monte? Pardiez, ahí está el judío de la calle *Cadet*, el que conocí hace tiempo con Mahurel... ¡Oh! un pillo... Pero todos esos prenderos son lo mismo. Además, si ése no quiere soltar los treinta francos, probaré en otra parte. Vamos, ante todo, á ver si no ha cerrado la tienda.

Y el hambriento, un poco más sereno por la esperanza, se puso en marcha, llegó al mercado central y siguió la calle de *Montmartre*.

El día declinaba y las calles, en las que hormigueaba la multitud y rodaban con estrépito los

coches, estaban ya oscuras, aunque la parte de cielo que se veía entre las altas casas estaba todavía plomizo.

« Es duro de pelar, el judío, pensaba Cristián, y desconfiado como un zorro... Parece que le estoy viendo abrir su escondite, detrás de los trapos... Tenía allí un revólver al alcance de la mano y no hubiera sido cómodo tocar sus « parneses... » ¡Maldito ladrón! ¡Con tal de que me dé los treinta francos!... Porque, no hay remedio, esta noche hay que correr una « juerga. »

Llegó á la tienda, cuyo escaparate estaba oscuro y que una luz de gas alumbraba en el interior, y entró en ella resueltamente.

Como la primera vez vió al pronto relucir el cráneo de marfil del prendero, que estaba escribiendo en el mostrador.

« ¿Qué se le ofrece? » preguntó Soldmayer levantando la cabeza.

Cristián sacó del bolsillo la cartera, la abrió, tomó la papeleta y la presentó al judío diciendo :

« ¿Cuánto me da usted por esto?... »

El prendero no había cambiado en estos cuatro años. Era el mismo judío regordete, con el mismo atavío pretencioso y ni una sola cana en las pobladas patillas. Se plantó los anteojos de oro en la nariz de buitre, examinó la papeleta, miró con

atención al visitante y, como iluminado por un recuerdo, hizo un gesto de desconfianza.

« Pero... diga usted... Yo le conozco, murmuró sordamente... Usted vino á verme hace tiempo... Sí, con Mahurel. »

Cristián se estremeció. Puesto que el prendero le conocía por haberle visto con aquel buena pieza, iba á aprovechar la ocasión para abusar... ¡Oh! no; quería sus treinta francos; ni un céntimo menos.

« ¡Aquel pobre Mahurel! prosiguió el judío. ¿Le ha escrito á usted de la Nueva Caledonia? ¡Qué endiablada idea la de meterse en aquella cuadrilla que robaba en las casas de campo! No se hace nada... ó casi nada en esos negocios... Y ahí le tiene usted, con sus cinco años de presidio... ¿De veras no tiene usted noticias de su compañero? »

Cristián, que ni siquiera sabía que Mahurel estuviese preso, empezó á impacientarse.

« Créame usted, si quiere, dijo. Yo no soy un ladrón y no he vuelto á ver á Mahurel desde el día en que vinimos los dos... Además, no se trata ahora de eso... ¿Cuánto me da usted por la papeleta? »

Soldmayer hizo un gesto innoble.

« Las papeletas del Monte... no me gustan gran

cosa... El Monte presta siempre demasiado... ¿Un reloj de oro empeñado en cuarenta francos? Parece que le estoy viendo; algún reloj viejo; alguna alhaja de familia... Casi me dan ganas de no intentar el negocio... En fin, en recuerdo de Mahurel... »

Y mirando bruscamente á Cristián á los ojos, añadió :

« ¿Quiere usted quince francos? »

— ¡No faltaba más! exclamó el joven. El reloj es antiguo, ciertamente, pero sólo las tapas valen al peso cien francos... Sea usted razonable y deme treinta... Le quedará otro tanto de beneficio...

— ¡Vamos, una ganga para mí! dijo el judío con insolencia. Estos arrapiezos son deliciosos... ¿Pero se figura usted que tragué la bola de marrras cuando la historia del pendiente? Para eso no debió usted hacer que le acompañase aquel buena pieza... Ahora pretenderá usted hacerme creer que el reloj procede de su abuela... ¡No! ¡Son admirables estos corderos! Vienen á proponer negocios peligrosos, en los que se arriesga el ir á un presidio y tienen la pretensión de aparentar que le proponen á uno comprar consolidados ingleses ó papel de Rothschild... ¡Treinta francos! Amigo mío, había de tratarse de una pobre viuda con un rebaño de chiquillos y diría que no, aun-

que soy caritativo... He dicho quince francos... ¿No hace?... Pues buenas noches. »

Cristián estaba trémulo de cólera. Se sentía acometido de un odio, de una rabia atroz contra aquel inmundado personaje que quería explotarle y robarle y le humillaba además y le insultaba con sus bajos sarcasmos. ¡ Oh! ¡ Qué placer sería abofetear aquella mofetuda cara de tunante!

Pero ¿á qué? En otra parte sucedería lo mismo. Tanto valía aquel granuja como cualquiera otro. ¿Existían acaso personas honradas?

« Basta ya, dijo con los dientes apretados. Acepto. »

Soldmayer hizo con los hombros un movimiento de burla, escudriñó el bolsillo del chaleco y, no encontrando sin duda el dinero necesario, se dirigió hacia el fondo de la tienda.

Y entonces... con la rapidez del rayo, Cristián recordó la caja de hierro oculta entre los trapos, el revólver montado y la cartera llena de billetes... y en el mismo segundo concibió el pensamiento de un crimen... ¡ Oh! temerario, absurdo, casi irrealizable... Á la claridad de aquel ancho mechero de gaz... Á dos pasos de aquella puerta y de aquella acera en que pululaban los transeúntes... ¡ Á pesar de todo! El monstruoso deseo se apoderó de Cristián Forgeat, le cegó como una

oleada de sangre, hizo correr por todo su cuerpo un grande escalofrío y le paralizó el corazón.

Soldmayer, medio agachado, separaba los trapos con una mano mientras con la otra abría el escondite.

De un salto nervioso de bestia feroz, Cristián cayó sobre él, le derribó y antes de que el judío, aterrizado, hubiera exhalado un solo grito de espanto, su agresor cogió rápidamente el revólver y le descargó tres tiros en plena cara. El desgraciado cayó en un rincón y un chorro de sangre brotó de su ojo derecho.

Cristián, entonces, se volvió con rapidez y con una sensación de quemadura en el cabello. Creyó seguro que iba á entrar gente y á caer sobre él... ¡ Pero no! El estrépito de los pesados ómnibus que pasaban por la calle había cubierto el ruido de los tiros. Loco de miedo, Cristián arrojó el arma, cogió la cartera, vació en dos puñados una sportilla de oro, con el que se llenó los bolsillos y salió de la tienda de un salto... Dos minutos después estaba en salvo en el *boulevard Montmartre* y se perdía entre la multitud.

¡ Cuatro años! Aquel hombre había sostenido una lucha de todos los días, de todas las horas durante cuatro años para permanecer honrado. Y en un momento de furiosa locura se había con-

vertido en ladrón y en asesino. Al pasar por un lujoso café, resplandeciente de luz, se miró las manos... Ni una gota de sangre. ¡Al fin! ¡Estaba hecho!

Y el miserable joven había sufrido tanto que su crimen le pareció una liberación y al palpar el oro que llevaba encima se creyó salvado y exhaló un largo y horrible suspiro de alivio.

XV

El día siguiente de este asesinato, Cristián Lescuyer, Fiscal de la Audiencia de París, había pasado la tarde trabajando en su magnífico despacho, cuyas ventanas daban á la Plaza Real.

Aunque apenas había cumplido cincuenta años Cristián Lescuyer tenía el aspecto de un viejo y ofrecía más que nunca una asombrosa semejanza con su difunto padre. En aquella habitación sombría, rodeado de viejos libretes é inclinado sobre una mesa llena de papeles, estaba escribiendo con mucha atención y con un fruncimiento de las espesas cejas que casi le cubrían los ojos con sus enmarañados pelos grises.

Viudo desde muy joven, había pasado cerca de veinte años viendo sufrir y morir lentamente á su hija única, pobre tísica que se había extinguido en sus brazos el año anterior. Tan sólo el